

Palabras y música en los cuentos de Daniel Moyano

La primera vez que supe de Daniel Moyano fue en Córdoba, en 1981 o 1982. Recién comenzaba mis estudios de literatura en la Universidad; pero no fue en el claustro donde sonó su nombre, sino en la calle, en boca de un amigo riojano con el que empezábamos a conocernos y a compartir algunas experiencias. Sus palabras sobre este autor ignoto para mí fueron un acicate que me enviaron, por primera vez, a la lectura de sus cuentos.

Siempre hay algo narcisista en el acto de escribir y en este caso se trata de mirarse en el reflejo de la escritura ajena. Agregarse, colarse en un libro del otro, no puede hacerse con excesivo pudor. En este caso, la empresa es doblemente narcisista: por un lado, el crítico pone su nombre junto al del narrador consagrado como rémora de ballena; y por el otro, se consagra a la lectura, a la relectura, a la rescritura y asume el riesgo de repetirse.

Releer es volver sobre los propios pasos, regresar por un camino antes transitado: la memoria recupera algunos detalles y otros nos dan la sensación de pasar por primera vez por un lugar no del todo extraño. Me propongo, entonces, un itinerario de lectura por los cuentos de Moyano, apenas una notas, una línea trazada sobre ese vasto universo ficcional, que va desde 1960, cuando publicó su primer libro, hasta 1992, cuando el autor murió en Madrid (aunque sus textos, algunos inéditos, y otros no recogidos en libro, todavía continúan viendo la luz: esta edición da cuenta de ello).

Su iniciación como escritor fue en la poesía, pero quedan apenas algunos rastros de esas incursiones juveniles:

[...] He muerto sin aprender un idioma / y me cobijan las secretas raíces y el otoño perpetuo/miren qué muerte grande para mi cuerpo pequeño / que apenas tiritó en el amor y la desolación [...]

Este poema apareció en una revista de la ciudad de Córdoba (Argentina), *Cara verde*, en el año 1959, y quizá sea el registro más antiguo que se conserva de los textos publicados por Moyano. Lo interesante del caso es que contiene una de las claves poéticas que muy pronto tendrán pleno desarrollo en su prosa: la mirada de un niño desvalido en un mundo amenazante.

En 1960 apareció *Artistas de variedades*, su primer libro de cuentos. Hay ya en esa época algunos textos que prefiguran al gran narrador que se está haciendo, y hay un cierto registro que caracteriza esos cuentos primeros: *realismo profundo* lo denominó Augusto Roa Bastos, en un prólogo a su segundo libro, *La lombriz*, que apareció en 1964, en el que el escritor paraguayo llama la atención sobre este joven autor de provincias, cuya escritura no se adscribe a un folclorismo superficial y al que vincula con nombres como Saer, Di Benedetto, J. J. Hernández, T. E. Martínez, entre otros, también jóvenes narradores cuyas obras empiezan a ensayar una escritura *desde* el interior del país, lejos del puerto.

En todo caso, lo singular de los textos de esta primera etapa es el oído del narrador, su capacidad musical para escuchar las voces de los personajes, hacerlas resonar en las narraciones y poner en el centro de la ficción el problema del lenguaje. Aun en los relatos en los que aparece un especial asedio de los problemas sociales y existenciales, el nudo de estos tópicos se construye sobre la palabra: la palabra dicha, la palabra callada, la palabra negada. La música del lenguaje verbal es la que suena y resuena en los primeros cuentos de Moyano.

En 1967 aparece un tercer volumen de cuentos que cerrará un ciclo: *El fuego interrumpido*. En este periodo que va de 1960 a 1967 en el que priman los relatos sobre estas historias recurrentes, que parecen nuevos intentos de volver sobre lo ya contado, hay momentos memorables como “Los mil días”, “El perro y el tiempo”, “La puerta”, “La columna” y “La espera”.

Pero esta suerte de saga no se agota en los primeros libros: vuelve como una reincidencia inevitable –como aquello de lo que Moyano no puede dejar de escribir– en libros posteriores con “Al otro lado de la calle, en el tiempo”, “Para que no entre la muerte”, “Mi tío sonreía en Navidad” y, por qué no, “Tía Lila”. Todos estos relatos comparten la mirada de un niño que se materializa como voz o como perspectiva narrativa.

“El rescate”, más allá de mis preferencias, es una verdadera fisura en la narrativa de Moyano; este relato sorprendente marca además un momento especial: la revisión de un universo rural como el que rodea a la ciudad de La Rioja argentina donde el escritor se había establecido a finales de los 50 y donde comenzó también a desarrollar su oficio de músico. Se trata de un texto profundamente dramático, no sólo por la historia que se desarrolla, sino por la manera en que se articulan las voces de los actores y la del narrador. Este relato tiene un parentesco singular con otro publicado varios años más tarde: “Cantata para los hijos de Gracimiano”.

En 1966 le había ocurrido un accidente al escritor: publicó una novela, *Una luz muy lejana*, que es la expansión de uno de sus primeros cuentos, “Artistas de variedades”. En seguida, gana un

premio importante por su segunda novela, *El oscuro*, que apareció en 1968. A partir de entonces, no cesará nunca la puja entre el cuentista y el novelista, un asunto que parece más un conflicto de editores que una contradicción de narrador.¹

Mi música es para esta gente, de 1970, plantea un nuevo giro en la escritura de Moyano, especialmente en su narrativa breve. En este libro, las pequeñas historias familiares ceden en buena medida un lugar preponderante a un sujeto colectivo: los habitantes de pueblos o diminutas ciudades y un novedoso giro estético que propicia la mezcla, la contaminación, de lo cotidiano –un cierto realismo de la vida diaria– con lo fantástico; y en el medio una reflexión sobre el tiempo, en su dimensión física y metafísica.

1974 es un año muy especial en la carrera de Daniel Moyano. Cronista de su tiempo, era por entonces corresponsal (periodista y fotógrafo) de un diario importante de la Capital argentina; y músico. Pero no descuidaba su carrera de escritor: era reconocido por la crítica como uno de los mejores narradores de su generación; y acababa de ganar una beca Guggenheim para escribir una extraña narración, una novela que se llamó *El trino del diablo*.

En ese mismo año aparecieron los cuentos de *El estuche del cocodrilo*. Estas narraciones dan cuenta de un escritor maduro, que no rehúye a los riesgos de la experimentación y que rechaza el realismo como estética y como concepción del mundo y del arte. El texto que le da nombre al libro se desarrolla desde un registro simbólico-alegórico que se resuelve en una especie de fábula kafkiana. Y en este mismo libro aparece la ya mencionada “Cantata...”, una etnografía enrarecida por la complejidad del dispositivo narrativo: voces yuxtapuestas para contar una historia sórdida y dolorosamente verosímil en las provincias argentinas más pobres.

El quiebre institucional del país en 1976, lo fue también en la vida de Daniel Moyano, quien fue encarcelado a pocas horas de consumado el golpe de Estado; enseguida, fue obligado a dejar el país. El exilio significó para él una ruptura con el campo literario y editorial argentino y, lo más grave, una desconexión con sus lectores; le produjo también un brutal alejamiento de la escritura, un silencio ante lo imposible de nombrar de la experiencia vivida por él y por sus compatriotas.

Trabajos subalternos y desarraigo marcan los primeros años de su vida en España; y la absoluta indiferencia del mundo editorial y cultural. Moyano siente que ya no tiene a quien escribirle. Aunque según su propio testimonio fue a partir de la escritura del cuento “Tía Lila” que

¹ Hoy sabemos que antes de publicar esta novela, Moyano había escrito otra que permanece inédita, *Los pájaros exóticos*. Cfr. Pampa Arán y Alfonsina Clariá, “Biografía a contraluz. Redes y convergencias en la poética narrativa moyaniana”, *Escritural* nº 8, <http://www.escritural.eu/>, 2015.

pudo recuperar su voz, desde 1981 en adelante se publican tres novelas que parecen haber ocupado la mayor parte de su energía escritural de toda esa década: me refiero a *El vuelo del tigre* (1981), *Libro de navíos y borrascas* (1983) y *Tres golpes de timbal* (1989).

Sin embargo, lo que publica un escritor no necesariamente es lo que está escribiendo. Las reglas de la industria editorial, que suele ser poco sensible a la narrativa breve, inclina la balanza por las novelas: esa parece haber sido la exigencia para un escritor sudamericano muy conocido en su país, pero ignorado en España. A pesar de esto, en la década que va desde 1982 hasta su muerte, Moyano no paró de escribir cuentos y hay algunos textos de factura admirable como “Desde los parques”, “Golondrinas” y “El halcón verde y la flauta maravillosa” que aparecieron como “otras modulaciones” junto a una versión rescrita de *El trino del diablo* que se publicó en España en 1988. Este dato es importante; me refiero a la reescritura de una novela, porque era también una obsesión de Moyano: la revisión de algunos textos cuya idea consideraba buena pero su escritura perfectible.²

El periodo que va desde 1985 a 1992 es de una intensa actividad escritural para Daniel Moyano. Entonces comenzó a escribir la novela cuya idea primera lo asediaba desde los 70, en La Rioja argentina y que finalmente se llamó *Tres golpes de timbal* y se publicó en 1989 en España. Junto a esto dio comienzo a lo que pensó como “memorias musicales”, relatos breves que dan cuenta de su experiencia de músico de una orquesta de cámara que sonaba por pueblos perdidos de los Andes: historias reales o imaginarias que aparecieron póstumamente en 1999, bajo el título de uno de sus relatos, *Un silencio de corchea*. En este libro se conjugan dos facetas de Moyano en las que es un verdadero maestro: el cronista y el fabulador. Pero no solo eso: Moyano es un exquisito artesano de la palabra, que desde una prosa que no renuncia a su mandato narrativo, lleva al límite sus posibilidades poéticas y musicales.

En los últimos meses de vida Moyano escribió la novela *Dónde estás con tus ojos celestes*, publicada recién en 2005; y una nouvelle, *Un sudaca en la corte* cuya primera y única edición en español debemos a la editorial Caballo Negro, que ahora se dispone a saldar una vieja deuda con los lectores y nos entrega esta edición. Se me ocurre que si viviera, Daniel Moyano estaría más que feliz de que este derrotero que empezó en la Córdoba de Argentina, en 1960, cuando Assandri

² Cfr. Rogelio Demarchi, “Para una teoría sobre la reescritura”, en *Escritural* nº 8, <http://www.escritural.eu/>, 2015.

publicó su primer libro de cuentos, se conecte con este acontecimiento: la publicación de sus cuentos completos en otra editorial cordobesa.

La relectura de estos cuentos treinta y cinco años después me confirman que la idea presocrática se cumple inexorablemente en la lectura: no nos leemos dos veces en el mismo libro, porque nosotros no somos los mismos. En mi caso, tengo la certeza de que no salgo indemne de esta experiencia de visitar el universo ficcional de Moyano, sino más sensibilizado y conmovido; y si no más sabio, más advertido sobre los asuntos humanos de los que hablan estos cuentos.

Marcelo Casarin

Tanti, febrero de 2016